

ALBA OMIL¹

AIRE ARRIBA

Galopa el duende, aire arriba, por la colina verde, en un caballito azul, con ojos como estrellas, llenos de paisajes lejanos, poblados de horizontes, hacia un cielo alto, más alto que las copas de los árboles donde anidan pájaros de pecho colorado y canto celestial, a escondidas de hondas, de piedras y de balas también, porque así son ellos, los humanos, los que todavía no son hombres, llenos de perversidad y de mezquinas miserias.

Galopa hacia los altos cúmulos donde está su reino y donde el caballito azul no deja huellas en su marcha hacia los establos donde pacen los ensueños.

CUADROS CAROS

“No tengo tiempo para escribir un libro”, se lamenta el caballero anciano, que activa su memoria y maneja su imaginación.

En su cabeza galopa Ruy Díaz, aureolado de historia y de leyendas; le sigue Don Miguel de..., con Don Quijote montado en Ro-

¹ Catedrática universitaria con destacada trayectoria como ensayista, cuentista y promotora cultural. Es coordinadora de publicaciones en distintos medios de Tucumán, Argentina. Entre sus últimas publicaciones se destacan *Hace tiempo en el Noroeste* (2015), *Los ojos de Medusa* (2014), *De nieblas y fulgores* (2013), *Puebla. Recuerdos y ensueños* (2013), *Hechicería en las culturas prehispánicas* (2011), *Cómo escribir un microrrelato* (2016) y *Ensueños en una burbuja* (2017).

cinante. Sobre la marcha divisa a Unamuno, besando en la cruz, al Cristo de Velásquez y observa sus lágrimas

¿Por qué llora Unamuno? Su envidia: es mucho más hermoso, más tocante, el Cristo de Dalí.

¿Y dónde está ese cuadro tan famoso?

Lo tiene Juan Pérez en su dormitorio, en la pared sobre su cabecera.

¡Lo que pueden los ricos!

SOLEDAD

En esta tarde rara, una brisa suave juega con las hojas doradas del otoño, y estas piruetas del viento entre las rosas, echan al aire una música opaca donde no caben las palabras.

Mientras dormita el muriente día, una llovizna lenta pretende romper los frágiles cristales del aire y un ángel invisible toca el arpa en las cuerdas de esa lluvia.

¿Adónde se habrá ido mi alma, huyendo por el áspero camino de la soledad?

EL RÍO

Nació de una vertiente que incubaron las oscuras entrañas de la roca y, por primera vez, miró el cielo, reflejó la luz del sol, el vuelo de los cóndores, de las águilas, del humilde jilguerito que le canta al día mientras él corre silencioso sobre un colchón de arena, arrastrando recuerdos: la memoria del bosque en algunas hojas muertas; la esperanza del sapo, en renacuajos vivos.

Late la vida en su canto. De pronto, un torreón de piedras insolentes quiere interrumpir su marcha. Él las golpea con saña y hace brotar la espuma de furores dormidos.

Un viento insospechado va avivando recuerdos. ¡Qué carga de despojos cubre su marcha de río viejo, hasta que, por fin, cargado con la materia que fue dejando su camino incauto, se echa a dormir en un remanso turbio, oscuro presagio de muerte!

“La vida es un río hecho de tiempo y agua”, Borges dixit.

EL DUENDE AZUL

Hoy es un día de fiesta y de festejos, no para el cuerpo sino para la mente y para el alma. No con champán, cosa pedestre, sino con néctar de flores rojas, bañadas de rocío, cortadas al amanecer de una noche de sueños de amor, y permanentemente besadas por abejas de oro que le robaron su luz al naciente día.

¿Y por qué la fiesta y sus festejos? Regresó mi duende, escondido durante un tiempo doloroso en las oscuras nieblas del olvido. Y vaya a saberse el porqué de sus andadas duendísticas por caminos misteriosos, ajenos a los ojos de los hombres.

Fin de repente. Yo dormía –¿dormitaba?– cuando lo vi trepado por las espirales de mi ensueño, temblorosa columna, diagramada por ojos no humanos, que jugaban con una fantasía azul y centelleante.

Jugaba trepando, escondiéndose dentro de su propia sombra, dueño de sí y de mí, acariciando, o dándoles forma a imágenes que no sé de dónde brotaban, manantial hirviente, si de su cabeza triangular o de mi alma desmesurada por el encanto.

Pero este duende es travieso y multiforme, diestro y ágil, y puede imitar al colibrí, brillante esmeralda zumbadora, transfigurada entre los pétalos profusos del manzano en flor, en un arcoíris de reflejos y colores.

Una pirueta azul convulsionó el aire, para abrir una ventana en el tiempo, por donde entraba la voz cascada de mi abuela, cantándole a la virgen de su oratorio, *Avé. Avé, Marííá.*

A lo lejos, desteñidas por los años y el olvido, se le suman otras voces no se sabe de quiénes –*Avé, Avé*–.

La noche plata, teñida por el pirueteo del duende, se ha llenado de voces.

¡Qué extrañas! ¡Qué lejanas son las voces de aquellos que se fueron! ¿Se fueron? ¿De dónde vienen? Travesura del duende, visión retrospectiva que la fantasía rescató de tiempos idos y que su pirueteo podrá borrar en cualquier momento.